

## CAPÍTULO VII

### Muerte de Felipe V y coronación de Fernando VI.

En esta situación se hallaban las cosas, y Felipe V cada vez más atormentado por su hipocondría, cuando un ataque aplopético puso fin a su vida, á poco de haberse efectuado su reconciliación con la Francia por conducto de Mr. de Noailles, el día 9 de Julio de 1746. Contaba en aquella sazón poco más de sesenta años de edad, habiendo abarcado un período de cuarenta y seis años desde su primera coronación hasta su muerte.

Hubo en sus dos mujeres varios hijos, á saber: de la primera á Luis, de cuyo brevísimo reinado queda ya hecha mención; Felipe y Felipe Pedro Gabriel, ambos muertos en edad muy tierna; y Fernando, que fué jurado príncipe de Asturias inmediatamente después de la muerte de Luis I, y que ahora sucedió á su padre en el trono: de su segunda mujer nacieron Carlos, rey de las Dos Sicilias y después de España bajo el nombre de Carlos III; Felipe, duque de Parma y Plasencia, á quien dejamos en Italia ocupado en adquirir á fuerza de armas dichas posesiones, que al cabo murió de muy mala muerte, arrastrado un día de caza por su caballo y despedazado por sus perros; Luis, que continuó anejo á la familia real en calidad de infante de España, y cuya hija, andando los tiempos, casó con el prínci-

pe de la Paz; María Ana, desairada por Luis XV, y casada luego con el príncipe del Brasil; María Teresa, que lo fué asimismo con el delfín de Francia, y María Antonia Fernanda, con el duque de Saboya, Víctor Amadeo. Larga y feliz sucesión, puesto que los que de ella no tuvieron la equívoca suerte de morir demasiado pronto, se vieron en una posición acomodada y libres de combates de la desgracia, á no ser el malogrado duque de Parma y de Plasencia.

Fué Felipe V llamado por sus vasallos el *Animoso*, y bien pudo merecer este renombre, tanto por su valor personal cuanto por su energía gubernativa en los días en que se hallaba más oprimido por la adversidad. Pero el carácter de este rey, cuyas buenas cualidades estaban ocultas bajo su habitual indolencia, la afeminación de sus escrúpulos y el encogimiento de su porte, necesitaba una fuerte presión de desventuras para aparecer en su vigor, como apareció en los más estrechos apuros de la guerra de sucesión, cuando sin córte y sin recursos, supo despertar en sus vasallos tanto entusiasmo y tan alhagadoras simpatías. Su segunda mujer, altiva, ambiciosa, disimulada y sagaz, halló medio de adquirir sobre él tan desmesurado predominio, que le erajenó las voluntades de una gran parte de sus súbditos,



y estimulada por el deseo de colocar á sus hijos ventajosamente en Italia, divirtió con este objeto extraño á los intereses nacionales todos los recursos que España se hallaba en el caso de suministrar, suscitándonos enemigos en el Austria y tibios amigos en el vecino reino. Favoreció á la influencia de la reina, primero el amor de Felipe á sus esposas y el respeto con que miraba los lazos del matrimonio, y más adelante, cuando la edad de ambos cónyuges privó á Isabel Farnesio de este poder, cuando llegó á verse en algunas ocasiones malquerida y áun maltratada por Felipe, todavía llegó á conservar su dominio, acrecentando por medio del aislamiento el sombrío humor del monarca, y estimulando el aborrecimiento que éste por su hipocondría profesaba á los negocios, á fin de conservar siempre en sus manos las riendas del gobierno. Así era que los ministros, entre los cuales muchos, como Patiño y Alberoni, hubieran podido ir regenerando nuestra prostrada monarquía, no lo hicieron cumplidamente, porque se veían forzados á secundar las miras de la reina y á entender más bien en la adquisición de tierras en Italia, que en la prosperidad de los españoles. Mejor se hallaban éstos de seguro cuando la tutela de Luis XIV y la preponderancia de la princesa de Ursinos, puesto que entonces su rey, no helado por la vejez ni debilitado por los achaques, recibía consejos y los aplicaba con más vigor.

De todas maneras, con el advenimiento de Felipe V, puede decirse que se inauguró una nueva era para nuestra monarquía. Esta, en efecto, varió repentinamente de forma, de tendencias, de relaciones; sufrió la guerra de sucesión como un síntoma de su metamorfosis, y salió de ella con ménos brillo, pero con más solidez que en tiempo del emperador Carlos V. En toda la primera parte del reinado en cuestión, veíase por do quier estampado el vigoroso sello de Luis XIV; por do quier, y más que en ninguna parte en la cabeza del monarca español, acogidas las ideas de Francia, la libertad eclesiástica y la abolición del Santo Oficio. Verdad es que contra estas novedades pugnaba el espíritu de intolerancia arraigado desde muy antiguo en el ánimo de los españoles;

verdad es también que la segunda esposa de Felipe hizo dar tal vuelco á la política de su marido, que España retrogradó insensiblemente hasta los tiempos de Felipe III: pero, de todos modos, no se perdieron las semillas de las nuevas ideas, sino que germinaron á su debida época, como no podía ménos de suceder, y fueron trayendo los sucesos al estado que en la actualidad los vemos.

Cundió la ilustración en el reinado de Felipe V, medrando las ciencias y las artes á la sombra y bajo la protección del trono. Creáronse las academias de la Lengua y de la Historia, la de Medicina en Madrid, la de Historia en Barcelona y la de Medicina y Ciencias en Sevilla: institutos desconocidos antes en España, á lo ménos bajo el pié que entonces. Por aquel tiempo también empezaron á figurar y obtuvieron gran boga los escritos periódicos, y las letras en general recibieron considerable empuje. Ilustraron la marina y las ciencias don Jorge Juan y D. Antonio Ulloa; D. Jerónimo Ustariz popularizó con regular acierto las más altas teorías del comercio y de la navegación; Martí introdujo en España la arqueología; Luzán arregló á nuestra literatura las reglas aristotélicas del clasicismo francés; Ferreras escribió nuestra historia con infatigable celo, gran proligidad y poca elegancia; Miniana continuó asimismo la narración que casi siglo y medio antes había emprendido Mariana; Macanaz hizo en el entendimiento de sus paisanos no ménos reformas que Orri había hecho en la hacienda y Alberoni en la marina, y el ilustre benedictino Feijóo, en su *Teatro crítico para desengaño de errores comunes*, llevó á cabo un trabajo de erudición y perseverancia, que si bien hoy no es gran cosa por el fondo ni por el estilo, pudo ser en aquellos años una copiosa fuente de conocimientos para el pueblo. La poesía no estuvo á la verdad representada muy felizmente; entre los poetas dramáticos descollaron D. Antonio de Zamora y D. José de Cañizares, continuadores con poca variedad del gusto reinante en el siglo anterior; como poeta satírico figuró con merecida ventaja Jorge Pitillas, mientras Gerardo Lobo y D. Diego de Torres sobresalían por su ingenio entre una turba de rimadores.



Las tres nobles artes se hallaban en un estado lastimoso: la arquitectura, cuando no copiaba en San Ildefonso las creaciones francesas bajo la dirección del rey, caía en las caprichosas manos de Churriguera ó de Ribera, ó bien venía á morir torturada por el poco genio y desatinado gusto de los discípulos de aquél. En cuanto á pintura y escultura, no floreció por desgracia en todo este período ningún artista nacional cuyo nombre merezca ser conservado por la Historia.

La academia de Nobles Artes, proyectada en este reinado y realizada en el siguiente, si bien no creó génius, refrenó las exageraciones del mal gusto.

Fernando VI, que contaba treinta y cuatro años de edad cuando subió al trono por muerte de su padre, era un príncipe tímido, reflexivo, melancólico como aquél, con ménos energía latente, de poco arranque é inteligencia limitada; pero honrado, bondadoso, y más afecto á la paz que á la gloria de las armas. La historia de su reinado corre parejas con su carácter personal; narración suave, sin crisis, desastres y victorias; tranquila medianía cifrada en el bienestar interior y en la poca ambición de enajenar lo de fuera; falta de sacrificios porque no había sobra de pretensiones; impuestos moderados porque la paz no es dispendiosa, y anhelo de reformar porque no había temores de perder. Tal es en resúmen la historia del reinado de Fernando VI. Estaba casado con María Teresa Bárbara, hija del rey de Portugal, á la cual profesaba el mismo cariño y dejaba tomar la misma preponderancia que Felipe V á Isabel Farnesio; ella ciertamente no se aprovechaba tanto de estas disposiciones de su marido como lo había hecho la parmésana; tímida, débil, suave, de salud quebrantada, muy sumisa á Fernando y tan aficionada como él á la paz, hubiera merecido que la Historia la mirara con respeto, ya que no con admiración, á no haber manchado sus buenas cualidades con el vergonzoso defecto de la avaricia.

En cuanto á la reina viuda, que nunca había profesado grande afecto á Fernando, como hijo que era de la primera mujer de Felipe V, y poseedor de una dignidad que ella hubiera

ambicionado para los suyos, se retiró poco despues de haber muerto su esposo á San Ildefonso, cuyo retiro le cedió Fernando, confirmando al mismo tiempo las donaciones que le había hecho su padre. Isabel Farnesio se retiró, pues, al palacio que había construido Felipe V, pasando allí los veintiun años que sobrevivió á éste, pues si bien á la muerte de Fernando VI quedó encargada de la dirección de los negocios mientras no viniera de Italia Carlos III, aquella mujer, abatida por la edad ó desengañada de los sinsabores del mundo, apenas hizo más que un uso nominal de sus facultades.

Desempeñaban el ministerio á la muerte de Felipe V, y tenían mucho influjo en el interior del palacio, el marqués de Villarias, á quien ya conocemos con el nombre de D. Sebastian de la Cuadra, y D. Zenon de Somodevilla, marqués de la Ensenada, que había sucedido á Campillo en su cargo, Villarias fué depuesto de allí á poco, y reemplazado por D. José de Carvajal y Lancaster, hombre que con su honradez y firmeza se hacia perdonar la cortedad de sus alcances. Tenía el monarca gran deseo de terminar por medio de algun buen acomodo los disgustos de Italia, y para allanar el camino de la paz, empezó quitando todo poder militar al infante D. Felipe, y enviando al marqués de la Mina en reemplazo de Gages, á quien se suponía demasiado adicto á los intereses de Francia. El objeto de este primer paso era irse apartando de la alianza con dicha potencia, á fin de esquivar su influjo, y simplificar cada vez más las discordias. El marqués de la Mina llegó á reunirse con el ejército cuando éste había tenido que evacuar á Plasencia, quedando vencido por el ejército austro-sardo, y perdiendo en la refriega seis mil hombres entre muertos y prisioneros y un gran número de piezas de artillería. El nuevo general, sin que fueran parte á detenerlo las instancias del infante don Felipe ni del general francés Maillebois, condujo las huestes españolas en retirada á la Provenza, obligando así á los franceses á que hicieran lo mismo, por considerarse débiles para luchar solos contra el enemigo, y dejando á los genoveses en la triste necesidad de abrir sus puertas al ejército austro-sardo, y de rendirse



casi á merced de los vencedores. Verdad es que las inmoderadas exigencias de éstos hicieron que los habitantes de la ciudad apelaran otra vez á las armas y echaran á la guarnición austriaca; volvió otra vez á establecerse el sitio de Génova; sitio á cuya prolongación cooperaron el desacuerdo que reinaba entre los sitiadores y los socorros que recibían de Francia los sitiados, hasta que el gobierno español, temiendo que si el Austria quedaba muy preponderante en Italia, podría despojar á D. Carlos de su reino de las Dos Sicilias, mandó al marqués de la Mina que acudiese con sus tropas en auxilio de Génova, con lo cual esta ciudad quedó libre del cerco y honrada con su resistencia.

Animados los franceses con esta cooperación de los españoles, y con las grandes ventajas que habían obtenido en Flandes, ya en las batallas de Fontenoy, Rocoux y Lanfeld, ya en la adquisición de casi todos los Países-Bajos, quisieron tomar la ofensiva en Italia y aun tuvieron proyecto de hacer una invasión en Inglaterra. Pero la necesidad de la paz se hacia ya sentir tras de una lucha tan porfiada, y no era España la que hacia menos gestiones para ello: contrariaba estas gestiones con su habitual terquedad la reina viuda, adicta como antes al partido francés, y favorecía la mujer de Fernando VI, naturalmente aficionada á los ingleses, como hija que era del rey de Portugal. La inclinación característica del rey hizo que el gusto de la esposa prevaleciera sobre el de la madrastra, y coadyuvando á la paz el cansancio de las demás potencias, previas algunas intrigas y formalidades diplomáticas, puso fin á la guerra el tratado concluido en Aix-la-Chapelle el día 18 de Octubre de 1748. Adjudicáronse al infante don Felipe los ducados de Parma, Plasencia y Guastala, con reversion del primero y tercero al Austria y del segundo á la Cerdeña, en caso de que don Felipe pasara á ocupar el trono de Nápoles. Reclamó don Carlos contra esta cláusula, y negó su accesión al tratado; pero esta negativa no influyó sino como dilatoria en el curso de las negociaciones. El tratado del *Asiento* se renovó por cuatro años, difiriéndose la solución de este punto y de otros pendientes con

Inglaterra para un contrato ulterior: suscitáronse con este motivo una porción de dificultades, fundadas en la inflexibilidad de las pretensiones de los ingleses, y en el afán de nuestro gobierno por impedir que los extranjeros se aprovecharan de las riquezas de América, hasta que las dos naciones se convinieron en un arreglo definitivo, dos años despues de la conclusión del tratado de Aix-la-Chapelle, recibiendo la Inglaterra cien mil libras esterlinas á título de indemnización por ciertas reclamaciones, y renunciando por su parte al *Asiento*. De este modo entró España en el pacífico carril de que no se apartó durante todo el reinado de Fernando VI, por más que la Europa estuvo despues ardiendo en guerras y disensiones, y por más promesas que se hicieron á nuestra nación para que tomara parte en ellas.

Eran entonces las personas que se repartían la gobernación y la influencia sobre el ánimo de los reyes, además de Carvajal, de quien ya se ha dicho algo, y del marqués de la Ensenada, de que habrá que hacer mención más despacio, un cantante de mucha nombradía llamado Carlos Broschi, y más conocido por el sobrenombre de Farinelli, y el padre Rávago confesor del rey y muy dueño de su confianza. La presencia de aquel en palacio era debida al saludable efecto que habían hecho sus cantos en el ánimo de Felipe, á quien distrajera de su humor tétrico, sucediendo lo mismo con Fernando VI, muy semejante en este punto á su padre: por lo demás Farinelli era un hombre sencillo, inteligente y benévolo, muy adicto á los soberanos que lo protegían y muy poco aficionado á abusar de su singular influencia. Pero el personaje principal que descuella en aquella época entre tanta gente apegada al palacio, y dotada por lo común de buenos instintos, pero de capacidad ceñida á reducidos límites; la personificación de aquel reinado, como creador que fué de casi todas las ideas y agente de casi todas las mejoras que en el surgieron, era don Zenon de Somodevilla, marqués de la Ensenada, que de modestos principios se fué elevando á tan grande altura, y creciendo al par en diligencia y conocimientos.



Fernando VI fué el corazón, Ensenada el alma de nuestra monarquía, y los laudables deseos del monarca hubieran sido estériles sin los servicios del ministro. Este se sobrepuso á Carvajal en breve, resultando entre los dos una viva disidencia, que con varias alternativas se sostuvo hasta la muerte de Carvajal, acaecida en el año 1754. Sintió el rey esta desgracia, y no pudo ménos de ser así: su ministro lo habia servido muy bien y con más destreza de la que habian esperado todos durante los pocos años que tuvo á su cargo la direccion de los negocios extranjeros. Su carácter se diferenciaba en muchos puntos del de Ensenada: éste disimulado é insinuante, aquél franco y enérgico; el primero cortando en todos los negocios por lo más breve, el segundo rodeando para mayor seguridad; Carvajal, obrando por instinto y sin gran profundidad de miras ulteriores, Ensenada trabajando con inteligencia y sin descuidar nunca las satisfacciones de su ambicion personal; pero ambos igualmente dispuestos á defender los intereses del país y el honor de su soberano; ambos acordes en la prosecucion del fin, si bien desavenidos en la eleccion de los medios. Las principales negociaciones llevadas á cabo en estos años con la cooperacion de los dos ministros fueron: el tratado definitivo con la Gran Bretaña; el cambio intentado (y no realizado primero por resistencia de los jesuitas y despues por denegacion del monarca portugués) de la colonia del Sacramento por la provincia de Tuy y las misiones jesuíticas del Uruguay; la abrogacion de un tratado de comercio con Dinamarca, paso dado contra el parecer de Ensenada; el tratado de Aranjuez, concluido el día 14 de Junio de 1752, entre el rey de España, el emperador de Alemania, María Teresa, el rey de Cerdeña y el duque de Parma, para asegurar en todo evento la tranquilidad de Italia, segun las cláusulas del tratado de Aix-la-Chapelle, y algunas otras transacciones de ménos importancia. Por lo que hace al tratado de Aranjuez, el rey de Nápoles le negó su accesion, juzgándolo contrario al derecho que reconocia en sí de disponer de la corona de Nápoles en caso de que le tocara ceñirse la de España: tampoco se hizo sino á despecho de Ensenada.

Todos estos pasos eran promovidos por Carvajal, que propendia más de lo conveniente en favor de Inglaterra, así como su rival propendia más de lo conveniente en favor de Francia, si bien ambos anteponiendo á todo el interés de España: así estaban formados en nuestra córte dos partidos, el francés y el austriaco, á la cabeza de los cuales habia colocado la opinion á los dos ministros. Los embajadores de una y otra nacion andaban maquinando con nuestro gobierno, á fin de torcer sus favores cada uno en pró del monarca á quien representaba; porque Francia é Inglaterra, aún no bien enjuta la sangre que derramaron en sus últimas guerras, amagaban ya declarársela de nuevo, como lo hicieron sin que tardara mucho. Fernando VI, solicitado en diversos sentidos, ya por sus ministros, ya por los embajadores, escuchando las razones que cada uno aducia en pró de los derechos de su nacion á ser apoyada por la nuestra, permanecia sin decidirse, ó más bien resuelto á permanecer en su linea de neutralidad, cuando la muerte de Carvajal robó á Inglaterra su más celoso partidario y libertó á Francia de su más acérrimo enemigo. Añádase á esto que Carlos, el rey de Nápoles, indispuesto con su hermano por haber concluido sin contar con él los anteriores convenios, y excitado por el gabinete de Versalles, no dejaba de intrigar en Madrid por conducto de sus agentes en favor del partido francés, y luego, con gran disgusto del rey de España, se dirigió al gobierno inglés con buenas proposiciones para celebrar su convenio particular, proposiciones á que la prudente Inglaterra sólo contestó con buenas palabras, pero que excitaron hasta lo sumo la susceptibilidad de Fernando VI.

Muerto Carvajal, hubiera quedado dominante sobre todos el marqués de la Ensenada, á no ser porque entonces fué cuando más tiros descargaron contra él sus adversarios. Aspiró á reunir al ministerio que desempeñaba de Hacienda y Marina, el de Estado que habia quedado vacante por la muerte de su colega: se habló tambien de proponérselo interinamente; pero esta interinidad disgustaba al marqués, que preferia colocar una hechura suya en aquel despacho, de modo que le quedase á él la ver-



dadera direccion. Con todo, á propuesta del duque de Huescar, hijo del de Alba, y del conde de Valparaiso, muy adversos á Ensenada y al partido francés, fué nombrado D. Ricardo Wall, irlandés, al servicio de España, que se hallaba entonces desempeñando nuestra embajada en Inglaterra, por lo cual se remitió aviso, y el duque de Huescar quedó mientras aquel no viniera encargado del ministerio. Este fué el más duro golpe que recibió Ensenada, y que sirvió como de preliminar á su caida: sus dos principales amigos, la reina y Farinelli, no lo apoyaban con la suficiente eficacia, aquélla porque se disgustaba de que el ministro anduviese en compromisos tan íntimos con los franceses, y éste por su desapego á intervenir en los negocios públicos. El confesor del rey estaba tambien unido á Ensenada, y fué por eso blanco de las mismas enemistades. Empezó la lucha contra el marqués, y reavivándose con el peligro la energia, el padre Rávago se defendió muy bien. La reina se interesó por el ministro, y el mismo Farinelli, echando á un lado su circunspeccion, empleó todo su influjo en provecho de su amigo. Pero en vano: la caida de éste estaba preparada muy de antemano y con muy poderoso empuje, y resuelta ya en el ánimo del monarca. La llegada de Wall la decidió. Este hombre extraordinario, á la vez honrado y arto, de miras profundas y agradable trato, se insinuó con tanta facilidad en el ánimo del rey, que le hizo decir que la destitucion de Ensenada era nada ménos que una inspiracion divina. Aachacósele á éste su amistad con Francia, y los perjuicios que por cumplir con ella habia hecho para evitar todo caso de rompimiento entre ingleses y españoles, las intenciones hostiles que habia tenido con respecto al comercio británico y los establecimientos de esta nacion en la costa de los Mosquitos; no se perdonó, en fin, acriminacion ni sospecha. En vista de estos cargos, más ó ménos fundados, pero nunca terminantes, el rey no se contentó con destituir al marqués, sino que lo arrestó y envió desterrado á Granada, sin darle tiempo para hacer ningun preparativo. Intentóse asimismo sujetarlo á causa criminal, é hizose un

prolijo é indecoroso inventario de todos los efectos hallados en su casa, y hasta de los comestibles que contenia su despensa: la suntuosidad de aquellos sirvió de pié para nuevas acusaciones, achacándose á malos medios la acumulacion de tanta riqueza. Wall que, solicitado por el astuto M. Keen, embajador inglés, fué autor de esta caida, apeló para conseguirla á medios tan poco francos, que salió de su empresa triunfante, pero no lucido.

Así terminó el valimiento del justamente célebre marqués de la Ensenada, cuyo destierro no fué levantado hasta que entró á reinar Carlos III. Mucho le debe España sin duda, y de ninguna manera, á pesar de lo que pudieron decir sus enemigos, pensó nunca en hacerla depender de influencias transpirenaicas.

La bien entendida economía que introdujo en la Hacienda, el fomento que dió á todos los ramos, y en especial á la marina, no demuestran ciertamente intenciones de dejar á nuestra nacion postergada: muy largo fuera entrar en la enumeracion de todos los bienes que llevó á cabo: bástenos decir que á su actividad, inteligencia y buen celo debió toda su prosperidad España durante el reinado de Fernando VI. El mismo rey, que lo apreciaba sin quererlo, solia despues de su caida citarlo por modelo á los ministros que le sucedieron. Los diversos ramos que habia dirigido Ensenada se repartieron entre varios despues de su desgracia: el conde de Valparaiso fué nombrado ministro de Hacienda; don Sebastian de Eslava de la Guerra, y don Julian de Arriaga de Marina é Indias. A la desgracia de Ensenada acompañó la de algunos de sus amigos y sucedió con breve intervalo la del P. Rávago. Quedó Wall siendo el alma del nuevo ministerio, sin que valieran para hacer menguar su influencia el oculto rencor de los *ensenadistas*, ni las disensiones que hubo entre él y el duque de Huescar, ya duque de Alba por la muerte de su padre, y que se hallaba muy poco satisfecho del estado de las cosas.

No por haber decidido la desgracia del marqués de la Ensenada y la caida del partido francés, sacó Inglaterra el fruto que esperaba de sus intrigas. Wall, ya colocado en el mi-